

UNA HISTORIOGRAFÍA EN MEDIO DEL VADO (Une historiographie au milieu du gué)¹

Jean-Claude Schmitt y Dominique Iogna-Prat

Traducido por Luis Rojas Donat

30 años de Historia medieval en Francia

Hace exactamente un año, Otto-Gerhard Oexle nos introducía en las “tendencias recientes de la historia medieval en Alemania”, mostrándonos con fineza en qué medida los medievalistas alemanes de hoy buscan, más o menos explícitamente, reconciliarse con el gran vuelco sociológico alemán de comienzos de siglo —especialmente aquel de Georg Simmel y de Max Weber— contrarrestado, como es sabido, por la “catastrofe “ del nazismo y sus consecuencias sobre la historiografía durante ese período y, probablemente también fuera de ella. En Francia, la fecundidad del pensamiento de un Marc Bloch o de un Maurice Halbwachs, por el contrario, pudo inscribirse en la continuidad de la ruptura epistemológica iniciada a comienzos del siglo XX por Emile Durkheim. No nos detendremos en esto para avocarnos a la situación francesa de épocas más recientes. En este sentido, comenzamos por una doble constatación:

1.- Debe comenzarse por presentar una evolución de los progresos ligados de manera emblemática a la fundación de los *Annales* en 1929 y al nombre de Marc Bloch. Habrá que tener cautela de no ocultar, con el árbol de los *Annales*, el bosque de corrientes contemporáneas a Marc Bloch, que han cohabitado con la Historia-Problema de los *Annales*, pero que también han conocido su dinámica propia. Contentémonos con dos referencias: La primera es aquella de la antropología religiosa que ha cultivado Alphonse Dupront, la cual, por intermedio de Paul Alphandery y, sobre todo, de Henri Berr, se alimenta del proyecto definido por Émile Boutroux en el último tercio del siglo XIX, de una síntesis operada por la Filosofía, deudora de todos los saberes sobre el hombre y la sociedad, y promotora de una psicología metafísica interesada en explorar las profundidades colectivas. La segunda referencia es la historia de las instituciones eclesiásticas, objeto de fricciones repetidas entre Marc Bloch y Augustin Fliche, pero que atraviesa toda la historiografía francesa del siglo XX, haciéndose la columna vertebral de las ciencias sociales.

2.- El desarrollo operado a partir de los *Annales* no ha sido homogéneo sino irregular, contradictorio, y no cesa, quizás hoy más que nunca, de buscar su norte. En esto se insistirá con especial énfasis. No se hará un catálogo de las obras aparecidas en los últimos treinta años, que sería fastidioso e imposible de hacer, sino que, aprovechando el hábito muy particular de los historiadores franceses, medievalistas o no, de hacer ellos mismos, cada cierto tiempo, un

¹ Traducido por Luis Rojas Donat, tomado de *Les tendances actuelles de l'histoire du Moyen Âge en France et en Allemagne*, bajo la conducción de Jean-Claude Schmitt y de Otto Gerhard Oexle, correspondiente a las actas de los Coloquios franco-alemanes de Sèvres (1997) y Göttingen (1998) organizados por Centre National de la Recherche Scientifique y la Max-Planck-Institut für Geschichte, Publicación de La Sorbonne, Paris, 2002, pp.399-424. El traductor agradece a los autores la confianza puesta en esta traducción castellana.

balance, haremos, pues, este mismo de sus perspectivas de trabajo y de la renovación de sus problemáticas.

I.- Cinco jalones para una historiografía (1961-1996)

1.- En 1961 aparecía un volumen colectivo de *l'Encyclopédie de la Pléiade*, titulado “la Historia y sus métodos”, dirigida por Charles Samaran, miembro del Instituto, Director general honorario de los Archivos de Francia. El objeto del libro sobrepasa la Edad Media, aunque los medievalistas, y entre ellos varios “historiadores de archivo” (*chartistes*), se hayan muy presentes entre los autores. La filosofía subyacente está marcada por el personalismo generoso de Henri-Irénée Marrou, al que se le confió la introducción, titulada “¿Qué es la Historia?”, y también el capítulo final, titulado “¿Cómo entender el trabajo del historiador?”. En lo esencial, los otros artículos abordan los “testimonios”, la “crítica de los documentos”, es decir, las “fuentes” y los lugares de conservación (archivos, bibliotecas...). La calidad de la erudición de los autores no está en cuestión. Sin embargo, debe admitirse, el libro ha envejecido: por ejemplo, la arqueología medieval, evocada por Jean Hubert, es, ante todo, como en el siglo XIX, monumental y ligada a la historia del arte, ignorando todos los avances técnicos y metodológicos que ostentaban ya, por esos mismo años, las excavaciones polacas e inglesas, sin hablar de las propuestas teóricas muy novedosas de un Jean-Claude Gardin. Otro ejemplo es la sigilografía (Y. Metman), que no hace alusión a los aspectos simbólicos de los sellos que nos parecen hoy tan ligados a la función política de esos objetos.

Destaca un tema y un nombre: “La Historia de las mentalidades” de Georges Duby. Este se inscribe en la línea de Lucien Febvre y Marc Bloch (el lenguaje utilizado lo revela, v.g., *outillage mental*)², insiste con Fernand Braudel en los distintos ritmos temporales de los fenómenos estudiados y sobre las diferencias de escala en la observación de los grupos sociales (utiliza la palabra misma “micro-historia” que puede parecer hoy premonitoria). El cuadro general sería el proyecto de una “psicología social” contra las ilusiones y los anacronismos de una psicología histórica de los individuos. Pero, ¿no tenemos hoy un mínimo de confianza en esta “psicología histórica” que no parece haber tenido todas sus promesas? La edición monumental y muy reciente de la obra de Alphonse Dupront —sobre la cual volveremos— no viene a convencernos de que esta vía era la buena.

Por el contrario, nuevas perspectivas se han abierto después a favor, si no de una verdadera psicología histórica individual, al menos de una reflexión histórica sobre el género biográfico y sobre la puesta en escena literaria, ritual, imaginada de los individuos más notables. Así Jacques Le Goff, aprovechando la figura privilegiada de San Luis, ha mostrado como esquivar el obstáculo de las convenciones textuales, de los lugares comunes y de los modelos de comportamiento: el rey santo hizo suyos tales modelos al punto de encarnarlos y de forjar sobre ellos su modo de existir.

² La expresión francesa *outillage mental* es emblemática de la Escuela de los *Annales*. Ha de traducirse, aproximadamente, como “herramientas mentales”.

2.- Un tono muy distinto dan, en 1974, los tres volúmenes de *Faire de l'histoire* ("Hacer historia"), dirigidos por Jacques Le Goff y Pierre Nora. En un contexto intelectual marcado por la "arqueología del saber" que exploraba entonces el filósofo Michel Foucault, el propósito es resueltamente epistemológico, a través de la articulación de tres conjuntos: "Nuevos problemas", "Nuevas aproximaciones", "Nuevos objetos". Solamente dos medievalistas representan la especialidad: Georges Duby, en el primer volumen, "Historia social e ideología de las sociedades", y Jacques Le Goff "Las mentalidades: una historia ambigua". De entrada el cambio es claro, y no lo desmentirá la orientación de los medievalistas hasta hoy: la historia social debe comprenderse, antes que nada, a través del prisma de la "ideología", lo cual está en conformidad con lo enseñado por Marc Bloch ("El feudalismo: una mentalidad", escribirá también y en esta misma vena Georges Duby). En cuanto a la "historia de las mentalidades", en la sabrosa pluma de Jacques Le Goff, se evade del cuasi acantonamiento en la "psicología social" que proponía Georges Duby. Ella aparece conquistadora, aunque su definición se transforma en un problema, "ambigua"; ¿no es, acaso, en esta vaguedad donde radica su fecundidad y su éxito, pero también se encuentran sus riesgos? Redefinida como historia de las representaciones, la ambigüedad de las mentalidades, al menos no permitió la afirmación, en los años 90, de una historia cultural encerrada en sí misma y el remiendo de una vieja historia de la Iglesia, recalificada de "religiosa", como si las nociones atomizadas de "cultura" y de "religión" pudieran ser útiles en el estudio de la sociedad entera del medievo.

De este modo, la vía aparece bien trazada no sólo por Georges Duby y Jacques Le Goff, los dos medievalistas que más marcarán a su generación y la de sus alumnos, sino por el conjunto de autores que elaboraron el cuadro epistemológico de estos tres volúmenes. La "Historia-Problema" dispone de un verdadero programa, por primera vez después de la *apología* de Marc Bloch, y esta vez con gran precisión. Las interrogaciones sobre ella misma, lejos de las certidumbres de *La Historia y sus métodos*, son formuladas por Michel de Certeau, Paul Veyne o Nathan Wachtel con el sello de la duda crítica. A través de las "nuevas aproximaciones", Alain Schnapp y la "nueva arqueología" parecen más alejadas de Jean Hubert que de Jules Quicherat. Con André Burguière, la demografía se transforma en una historia de las estructuras de parentesco. El volumen sobre los "nuevos objetos" muestra todavía otros surgimientos, promesas, como "las mentalidades", de buen futuro historiográfico, comprendidos entre los medievalistas: así los "mitos" (Marcel Detienne), el "cuerpo" (Jean-Pierre Peter y Jacques Revel) o bien los "jóvenes" (Pierre Vidal Naquet). El más impactante, en este bello y vasto programa, es una ausencia, que con la distancia salta hoy ante nuestros ojos: la "antropología histórica", igualmente si ella está presente de hecho en muchas contribuciones y si uno de los autores, Nathan Wachtel, especialista en aculturación andina, es más antropólogo que historiador. Esta ausencia es, ante todo, más notoria que en los mismos años, a partir de 1975, la "antropología histórica" aparece cada vez más como el campo de encuentro de los historiadores que cogen los objetos preferidos de los etnólogos (las tradiciones narrativas y la cuestión de la oralidad, la "cultura popular" y el "folklore", las leyendas y los mitos, el cuerpo y los gestos, el parentesco, etc.) y usar en sus investigaciones los métodos; en primer lugar, el análisis estructural, puesto a punto por los antropólogos. El surgimiento de la "antropología histórica" responde a la reivindicación, más y más acuciante, de la "interdisciplinarietà". Ella ha generado la tentación de aproximación a la sociología: a comienzos de los años 70, la expresión "sociología histórica"

fue propuesta en todas partes, pero no encontró el éxito que tuvo la “antropología histórica” o la “etno-historia”. Desde este punto de vista, hay que subrayar la ausencia de real recepción del ensayo de Paul Veyne, *Le pain et le cirque* (“El pan y el circo”, 1976), ricamente cargado de las lecciones de Raymon Aron y destacando la importante reflexión epistemológica nutrida de Max Weber, *Comment on écrit l’histoire* (“Como se escribe la historia”, 1971); *El Pan y el circo* tenía, pues, todo para atraer la atención de los medievalistas preocupados de comprender los “desvíos” que se operan entre el «evergetisme»³ antiguo y las obligatorias liberalidades del medievo. Del todo sorprendente es la debilidad de los intercambios con Pierre Bourdieu. A los historiadores, a los etnólogos, más que a los sociólogos, parece aportar la aprehensión más concreta de los objetos, de lo vivido, de un tipo tradicional de relaciones sociales que las hace más utilizables para ellos. Como si el campo en estudio no fuera suficientemente vasto, es que la “antropología histórica” deviene rápidamente una manera de prolongar la mirada y de englobar la “historia de las mentalidades”, y con ello sustituir con una etiqueta menos ambigua y más rigurosa.

3.- No hicieron falta muchos años para producir el cambio: Desde la aparición, en 1978, de una nueva obra colectiva cuyo título era, todavía, más ambicioso: *La nouvelle histoire* (“La nueva historia”), dirigida por Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel, en la que la “antropología histórica” está muy bien presentada por los artículos de fondo (confiados a André Burguière), a igual rango con los de Jacques Le Goff “la nueva historia”, de Michel Vovelle “Historia de la larga duración”, el de Philippe Ariès “Historia de las mentalidades” y el de Évelyne Patlagean “Historia imaginaria”. Este último título obliga a mencionar, bajo forma de alusión, la influencia soterrada, y las más de las veces sin crítica, del psico-análisis, especialmente presente en Jacques Lacan y sus discípulos, posición muy dominante en los años 1970-1980, que pudo influir en la historia en general y a la historia medieval en particular. “Imaginario”, “simbólico”, “inconsciente” conocieron bellos días en la pluma de medievalistas, especialmente los literarios trabajos de Charles Méla y de Henri Rey-Flaud. Después, el deslumbramiento colectivo por el inconsciente y la historia del yo, fue corto debido a la muerte de Michel de Certeau, y cuando Alain Besançon decide dedicar un volumen colectivo (*Mélanges*) a Georges Duby, entendiéndolo como historiador psicoanalista⁴. Sea como sea, la facultad de los medievalistas franceses de multiplicar bajo estos títulos, los puntos de vista que se topan, ¿acaso no sorprendió a los historiadores de países vecinos? Forzoso es decir que, por ejemplo, por estos años en Alemania no surge ninguna obra comparable a *Faire de l’Histoire* o a *La Nouvelle Histoire* (¿Es necesario recordar los *Lebensformen* de Arno Borst?), ni por el carácter colectivo de su empresa, ni por la ambición conceptual y metodológica que les guió, ni sobretudo por el vivo incremento de conceptos ordenados y categorizados.

4.- A continuación el título de la obra que hemos retenido concierne exclusivamente a la historia medieval. No tiene ésta las ambiciones intelectuales de las precedentes. Viene de otro medio y constituye un género distinto de publicación. Se trata estrictamente de un balance, hecho a

³ No hay vocablo español para esta voz: *evergetisme*, del latín *evergo*, “verter”. Se trata del acto de donar en la Antigüedad griega y romana, la práctica de la redistribución de la riqueza en las ciudades. (N.T.)

⁴ A. BESANÇON, «De Gibbon à Freud et retour», dans *Georges Duby, L’Arc*, 72 (1978), p.4-8.

instancias de la Sociedad de Historiadores Medievalistas de la Enseñanza Superior Pública, con ocasión de su 20º aniversario (fundada en 1969 con el impulso de Edouard Perroy). Esta obra *L'Histoire médiévale en France. Bilan et perspective* ("La historia medieval en Francia. Balance y perspectiva") aparecida en 1991 con un prefacio de Georges Duby. En 1992 fue completada con una *Bibliographie de l'histoire médiévale en France (1965-1990)*, reunida por Michel Balard, entonces presidente de la Sociedad de Medievalistas. Sin pretender la exhaustividad, esta bibliografía comprende 7.431 títulos, lo que testimonia, aunque incompleto, el trabajo realizado durante 20 años por una corporación de medievalistas en plena expansión demográfica. Intencionalmente estas dos publicaciones complementarias adquieren un carácter de inventario y, a veces, de catálogo. No obstante el detalle de las contribuciones que lo componen, *L'histoire médiévale en France*, es instructivo por la economía de sus capítulos.

Se ve la tendencia al enclaustramiento artificial y la inclusión en el territorio del historiador de la "historia literaria", la "arqueología medieval", la "historia del arte y la iconografía". Aquí los historiadores alemanes podrían sorprenderse de una ausencia: es la teología, que ha sido la gran ignorada por razones históricas (1789, la separación de la Iglesia y el Estado en 1905...) por la historiografía francesa. Un balance tal se presta para realizar afirmaciones pluridisciplinarias y aún interdisciplinarias a menudo desmentidas por la práctica real de los historiadores. En el caso presente, y aún si la Sociedad de Historiadores Medievalistas recluta poco en los márgenes del medio histórico, en el estricto sentido del término, es innegable que los medievalistas franceses tienen en general una concepción abierta de su disciplina, que los acerca mucho, especialmente, a la literatura y el arte de los períodos que ellos estudian. En efecto, la dinámica de las relaciones establecidas por los historiadores con uno y otro es más o menos fecunda; no podría desconocerse, en particular, el hecho de que los historiadores más audaces en relación al estudio de la función social de las imágenes, han sufrido un pesado silencio de incomprensiones de parte de los historiadores del arte, encerrados en el estudio de las formas, tan apreciadas por Henri Focillon.

Una segunda observación concerniente al espacio y la multiplicidad de aires geográficos sobre los cuales, afuera de Francia, trabajan los medievalistas franceses; no solamente Italia y España, que ya constituye una tradición, sino «Bizancio, el Oriente cristiano y el mundo turco», «el mundo árabe-musulmán», o todavía, «el África» debe tenerse en cuenta. Dos tendencias contradictorias no han hecho más que confirmarse después de este balance: el aumento sensible de los trabajos dedicados al Imperio (el rol conjunto de la «Mission Historique française en Allemagne» y el «Max-Planck Institut für Geschichte» han hecho mucho en esta evolución favorable desde 25 años), y al contrario, desgraciadamente, el débil interés por Inglaterra (ausencia de una "Misión" en Londres, Oxford o Cambridge comparable a aquella de Göttingen explican una laguna muy extensa)⁵.

Si se considera ahora el contenido intelectual de este balance, es interesante destacar las tentativas de compromiso entre, si se quiere, lo antiguo y lo moderno, los estudios más tradicionales de inspiración con las —por ejemplo— preocupaciones más institucionales de la

⁵ Ello se explica por los lazos intelectuales y de amistad entre Francia y Alemania, además de las instituciones arriba señaladas dedicadas a financiar la investigación, de lo que se carece, lamentablemente, en Inglaterra. (Nota del traductor)

“Historia de la Iglesia” (Marcel Pacaut y Bernard Guillemain) vecinas de una historia de las prácticas y las creencias que deja un espacio más amplio a los laicos, y que se alberga en un título revelador “Historia de las mentalidades religiosas” (André Vauchez).

Por su mismo título, un capítulo muestra igualmente los avances recientes de otro frente, aquel de la “Historia política”, que ya no es concebida desde el punto de vista de la historia de los acontecimientos, ni tampoco de las instituciones, sino de la construcción del “espacio francés” (Françoise Autrand, Dominique Barthélemy, Philippe Contamine). No es sin razón que Adriaan Verhulst, proponiéndose el trabajo de hacer un juzgamiento del medievalismo francés desde Bélgica, sostiene que el rasgo más notable es la invasión de todo el campo de la historia medieval por la “historia social”. Esta afirmación había sido puesta a la vista por la sección consagrada a las “disciplinas históricas” en el repertorio coordinado por Maurice Godelier, *Les sciences de l’homme et de la société en France. Analyse et propositions pour une politique nouvelle* (1982). ¿Habría que lamentarlo? Para los herederos directos de Marc Bloch (igualmente para los de la segunda y tercera generación) ¿Acaso podría la historia ser plenamente concebida sino como historia social?

Sin embargo, el punto central de todo el volumen está centrado, sin duda, en la “antropología histórica” (Jacques Berlioz y Jacques Le Goff). Se le hace el mejor espacio a temas emblemáticos de la antropología histórica, tales como, las estructuras de parentesco, el cuerpo, los sistemas de representación. Pero, más allá de estas vías, no se avanzará mucho diciendo que hay títulos diversos, y dándole a los términos sentidos variables, la mayoría de los medievalistas franceses aceptaron hoy situarse en esta bandera. La Antropología histórica ha renovado de manera sustantiva la historia política y económica de la Edad Media.

Una última cuestión, es la relativa a lo que tradicionalmente se han llamado las “ciencias auxiliares de la historia”, casi humilladas en el volumen *L’histoire et ses méthodes* en 1961. Dos capítulos, y solamente al final de la obra, le son consagrados en 1991. Pero no concluyamos que han sido despreciadas, sino al contrario. En primer lugar, uno de los dos capítulos se titula “Veinte años de informática en historia medieval” (Lucie Fossier): no es necesario destacar la absoluta novedad, aun cuando ésta venga a cambiar drásticamente los métodos de trabajo: la estadística, la historia de las medidas o el tratamiento automático del léxico, tarda todavía a suscitar reflexiones heurísticas que abrirían un verdadero *new age* en la medievística. Por otra parte, el capítulo “Ciencia auxiliar de la historia medieval”, lejos de repetir, como era el caso en 1961 todavía, el *credo* decimonónico ilustra al contrario la extraordinaria preocupación por el rejuvenecimiento que conoce hoy día la erudición en lo que es fundamental, en el contacto directo de los textos —archivos, manuscritos, epigrafía— y los objetos —sellos, monedas, blasones, etc. Es un campo que la antropología histórica ha ayudado a renovarse invitando a reflexionar mejor sobre los usos de esos objetos, sobre sus significados y su eficacia simbólica, esto es, su costo afectivo sin el cual su funcionamiento es incomprensible. Esta evolución de la erudición no escapó a la mirada de Georges Duby, quien, en su prefacio, indicaba brevemente otros dos motivos de satisfacción. Lo primero, el interés creciente de los medievalistas franceses por la historiografía de la Edad Media, es decir, a la manera que los letrados del medievo concibieron y escribieron la historia. Por otra parte, Georges Duby subraya los progresos de la

arqueología, en la que la renovación de los métodos, unido al aumento cuantitativo de las excavaciones (por desgracia, habitualmente en la urgencia del salvamento, tanto en Francia como en Alemania), han puesto a disposición de los historiadores un material y problemas enteramente nuevos, en particular, lo relativo a la ocupación del suelo y la apropiación del espacio.

5.- Permítasenos un último aspecto, el más reciente, la publicación en 1996 de los *Cahiers de Civilisation Médiévale* ("Cuadernos de la Civilización Medieval") bajo el título "La investigación acerca de la Edad Media en las vísperas del siglo XXI". La iniciativa vino esta vez de una revista científica, no tomando la forma de una obra colectiva, lo que testimonia el interés de las revistas por participar en el debate epistemológico y metodológico, en especial esta antigua y tradicional revista. Aquí vale presentar tres ejemplos: el viraje crítico que tuvo la transformación, en 1989, de *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* en *Annales, Histoire, Sciences Sociales* (Los títulos, y sobre todo la aparición en singular de "historia" hablan por sí mismo). Otras revistas emergentes y más jóvenes como *Médiévales*, fundada en 1984, con 39 números, se interroga constantemente bajo la forma de temáticas transversales, acerca del "modo de empleo" de la medievística (para tomar el título del número 7 de otoño de 1984). Todavía puede insistirse en la importancia de las revistas que destacan la utilidad de la informática: *Le médiéviste et l'ordinateur* ("el medievalista y el computador") y *Histoire et mesure* ("Historia y medida"). Por su parte, fieles a su programa, *Cahiers de Civilisation Médiévale* presentó un balance en todos los campos que explora esta revista y el Centro de Estudios Superiores de la civilización medieval de Poitiers que la publica: no solamente la historia medieval *stricto sensu* (Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt), sino también la literatura medieval (Michel Zink), la historia del arte (Marcel Durliat), la musicología (Michel Huglo), la historia de la filosofía medieval (Jean Jovilet), la historia de las ciencias (Danielle Jacquart). Sin duda, es preciso decir que hay aquí más una pluridisciplinariedad que una interdisciplinariedad, más una yuxtaposición de campos y de proyectos que una integración. Al menos existe la posibilidad que la interdisciplinariedad se alcance en este Centro, que es una excepción en el paisaje universitario francés al abrirse a otras disciplinas.

De la primera de las seis contribuciones, titulada "La historia medieval", se retendrá primero la constatación, ya señalada, de un "retorno al documento", de una reflexión más rica sobre la interdependencia de la forma y del sentido, de una apertura cada mayor del "campo de caza" del historiador en dirección a la literatura, la arqueología y las imágenes sobre las que volveremos a hablar. Después la preocupación muy compartida de deducir y analizar las estructuras, no de los "hechos" o de los "niveles", sino de las relaciones y las "polaridades" —aun cuando esta orientación no es propia de los historiadores franceses—, es innegable que en su caso la influencia del estructuralismo y los progresos de la "antropología histórica" han jugado un papel determinante. Ésta, como es sabido, ha sido la causante de la extensión de la historia de las mentalidades. De aquí la enumeración de un programa de investigación, largamente sentido después de algunos años, y de los cuales muchos puntos serán desarrollados aquí: investigación sobre el espacio y el tiempo, el cuerpo, la memoria y los "usos del pasado", lo político y el poder, las formaciones jurídicas y legales. Otras cuestiones, aparentemente más conocidas, son revisadas también: la historia intelectual y la lingüística histórica, la historia

campesina o de los campos, y la historia de las ciudades con una mirada menos compartimentada; la historia de los marginales y de los excluidos; historia de las relaciones entre los sexos y los segmentos de edades, etc. Este balance termina con una reflexión crítica sobre las condiciones de la formación y de la investigación de los historiadores franceses, pues la especificidad y las dificultades son destacadas a la luz de una comparación con los otros países, en especial con Alemania. Los dos autores no han ocultado el carácter subjetivo de su punto de vista, que está alimentado de sus propias experiencias. La replica inmediata de Dominique Barthélémy publicada en la misma revista (octubre-diciembre 1996) bajo el título “inquietudes”, y a la siguiente su “Puesta a punto” de los autores, muestra el carácter sensible de algunas cuestiones: aquella de las relaciones entre la “Nueva Historia” y la “Historia positivista” del siglo XIX, o, en un orden muy distinto de realidades, el rol jugado por los concursos universitarios para el reclutamiento de profesores-investigadores. Sobre el primer punto, nos parece que no se debe juzgar solamente a la “escuela positivista” con la vara de su erudición, que era grande, y de su sentido “crítico”, que era agudo. Les hemos rendido justicia evocando lo que fue, probablemente, su último “monumento”: *L’Histoire et ses méthodes*. De lo que se trata es más la concepción de la dinámica de una sociedad como aquella de la Edad Media y los encasillamientos propuestos por la “antropología histórica”: sobre todos estos puntos, los trabajos actuales marcan avances innegables, no importando si ellos ceden tarde o temprano su lugar a nuevos conceptos historiográficos. Pero, sobre todo, hay que llamar la atención en la importancia de la ruptura heurística de comienzos de siglo: viejo o no, el positivismo y sus certidumbres teóricas fueron condenados por la concepción relativista del saber científico que se impuso entonces, y que nutre todavía hoy nuestra reflexión. En cuanto al segundo punto, aquel de la formación y del reclutamiento, tan importante para la renovación y el futuro de las escuelas historiográficas, está claro que será afectado cada vez más por la construcción europea que obligará a tener en cuenta siempre la diversidad de los orígenes y la formación de los investigadores. Es el caso de Francia, donde muchos jóvenes medievalistas alemanes, belgas, españoles, húngaros o italianos han encontrado lugar en la Universidad, sin hablar del CNRS⁶ donde el reclutamiento extranjero ya es una tradición.

II. Algunas canteras nuevas.

¿Cómo hemos escogido los temas que serán presentados durante estas dos jornadas? Se no tomarán los mismos expuestos el año pasado en Sèvres, ya que la información de los colegas alemanes han permitido a sus correspondientes franceses, hacer las comparaciones y evocar trabajos más o menos similares llevados a cabo en Francia. No hablaremos de las investigaciones francesas acerca de la *memoria*, lo escrito y lo oral, la religión y la liturgia, ni aquellas que conciernen los rituales y las instituciones, la soberanía real, los palacios y las residencias. Pero, desde luego, los encontraremos al recorrer las canteras que hemos escogido privilegiar hoy. Agreguemos que si la mayoría de los temas que acaban de mencionarse —especialmente la *memoria* y lo escrito y lo oral (la *Schriftlichkeit* que no tiene traducción certera— han podido

⁶ Centre National de la Recherche Scientifique, “Centro Nacional de Investigación científica” de Francia, similar a nuestro CONICYT (N. T)

desarrollarse en Francia, gracias a la dinámica de los intercambios con la historiografía alemana. Nuestros encuentros, el de Sèvres y el de hoy, están nutridos por similares idas y venidas.

La lista que proponemos es, en parte al menos, de una naturaleza diferente de aquella que fue propuesta el año pasado, y esta diferencia es, sin duda, reveladora de una cierta especificidad de nuestra historiografía y de nuestras prácticas de historiadores: no designamos solamente “objetos” (como es el caso, por ejemplo, con “Palacios y residencias”), ni tampoco “temas” de investigación (como “la soberanía real” o la *memoria*), sino que intentamos proponer “problemas” que atraviesan áreas de investigación más complejas, esquemas de la realidad más variados, y que sirven de basamento a historiadores de especialidades diversas.

Por comodidad los trabajos serán presentados por una sola persona, la cual no hablará sino a nombre propio, pero por cada vez a nombre de un pequeño grupo informal de historiadoras e historiadores que se conocen bien, que después de largo tiempo conversan e intercambian información y cuestionamientos. Estos grupos se congregan en numerosos seminarios, tablas redondas y grupos de reflexión, donde habitualmente se elabora la investigación más activa. Los problemas que dan cuenta sus presentaciones, ilustran las grandes evoluciones que acabamos de dibujar:

1.- Señalaremos la vía que ha desarrollado la “antropología histórica”. *Familias y parentescos* (titulado con el doble plural) permite exponer el devenir de un viejo diálogo franco-alemán: habrá que recordar el coloquio organizado en 1974 por Georges Duby y Jacques Le Goff, con la importante participación alemana (Kart Schmid, Kart Ferdinand Werner, Kart Kauck, etc.), bajo el título *Familia y parentesco en el Occidente medieval*⁷, enunciado que, como se aprecia, fue puesto en singular. Pero hay más. Si hay un problema que ha suscitado la “antropología histórica” es, precisamente, éste; sin los antropólogos, sin la obra mayor, en especial para los franceses, de Claude Levi-Strauss, no tendríamos hoy una “historia de la familia” esencialmente demográfica, o una “historia del sentimiento familiar” a la manera de Philippe Ariès. 25 años después ha habido cambios en el modo de hacer investigación en esta área: el análisis histórico de las estructuras de la parentela y su representación, su misma complejidad, el lugar esencial de la parentela simbólica, las funciones de todas las formas de parentesco —los parentescos, en plural— en el funcionamiento de la sociedad medieval.

Con las normas ha de abordarse una cantera en apariencia más antigua y tradicional —aquella de la “historia del derecho”—, pero en realidad abierta a una renovación que en Francia apenas comienza. Los medievalistas franceses tienen, sin duda, una gran deuda en este dominio, comparado con la *Legal history* de los estadounidenses, con Stephen White como pionero en este campo. Aunque con frecuencia muy encerrada en sí misma, la historia del derecho ha tenido y tiene su importancia en el estudio de la Edad Media en Francia. Basta con recordar los nombres de Gabriel Le Bras, de Jean-François Lemarignier, de Jean Gaudemet entre otros. Pero hoy se trata de avanzar con importantes matices: una reflexión sobre los regímenes

⁷ En francés *parenté* designa a la vez parentesco y también parentela. Publicado por l'École française de Rome (Escuela Francesa de Roma) en 1977. (N.T.)

de “juridicidad”, como lo hace Pierre Legendre⁸; las complicidades múltiples entre Teología y Derecho (con una más justa apreciación del rol central del derecho canónico); la difusión de toda clase de normas, su recepción, los compromisos que dieron lugar a su adopción, su puesta en vigor, sus imágenes y también su misma dimensión fantasmagórica (como en los procesos sobre brujería o los de sodomía) al interior del funcionamiento del cuerpo social y el ejercicio del poder.

2.- El desarrollo de la arqueología medieval es fascinante. Iniciada sobre bases totalmente nuevas en los años 1950-60 por Michel de Boüard, la arqueología se preocupó de la “civilización material” —expresión de Fernand Braudel— con la participación muy activa de Jean-Marie Pesez, que acaba de fallecer, con el concurso de historiadores y arqueólogos franceses, italianos, polacos. Ellos se propusieron seguir un programa que fuera en beneficio de un mejor conocimiento de la historia social de la Edad Media. Reteniendo estos temas, queremos que se conozcan las canteras de excavación y, sobre todo, las problemáticas que han conocido un salto considerable en estos últimos años, y cuyas consecuencias han venido a modificar considerablemente nuestros conocimientos de la historia general de la Edad Media.

De partida, el “espacio”. Sacamos siempre provecho de la tradicional complicidad —en Francia— de la geografía y la historia. Georges Duby tenía la costumbre de decir que en bicicleta concibió la tesis sobre el Mâcon, y la gran tesis de Pierre Toubert se abre a la manera del célebre “Tableau” de Vidal de la Blache. Así, cada vez más los historiadores y los arqueólogos hacen terreno común, trabajando en conjunto para explorar mejor todos los documentos textuales y materiales disponibles, las formas de ocupación del territorio, los perjuicios ecológicos y técnicos que provocaban (recuérdese los estudios pioneros de Robert Delort), las apuestas del poder que ellas revelan, los fines ideológicos que les guían. De estos importantes estudios ha surgido una historia del nacimiento de las aldeas, tan características del paisaje rural europeo hasta hoy; también el problema del *incastellamento* italiano estudiado por Pierre Toubert, o el “enceldamiento” de que habla Robert Fossier; las escalas relativas —local, regional, universal— de la “espacialización de lo sagrado” (*spatialisation du sacré*), de la construcción de una red de parroquias y de los lugares de peregrinaje.

“Producción, trabajo, consumo” ilustran también, pero bajo otro ángulo, esto es, la necesidad de hacer dialogar a la arqueología y la historia social y hacer que la historia de las técnicas sirva a una historia social más rica: más allá de la producción, tomando en cuenta todas las relaciones sociales y las formas de organización del trabajo; todavía más, insistiendo en los verdaderos motores de la producción y de la innovación que son la demanda y el consumo, ellos mismos determinados por las estructuras sociales.

3.- Nos ocuparemos de dos conjuntos de problemas que, relacionados con la “historia de las representaciones”, están sin duda más ligados de lo que pudiera pensarse a primera vista. Con la “diferencia de sexos” se evocará el eco (y sus límites) de la “historia de las mujeres”,

⁸ PIERRE LEGENDRE, *L'amour du censeur. Essai sur l'ordre dogmatique* (“El amor del censor. Ensayo acerca del orden dogmático”), Paris, 1974. La obra de Legendre durante los años 1970-1990 es muy abundante y meritoria, de la cual se ha citado solamente el primer ensayo.

entendida como un campo de investigación en el que Georges Duby fue, en Francia, uno de los primeros en abordarlo; y fue, sin duda, un éxito editorial (1990-91), lanzado en Italia pero realizado intelectualmente en Francia, su influencia en muchos países (por ejemplo, en Alemania, donde habrá que apreciar el camino recorrido) todavía se deja sentir. Sin embargo, aunque sea legítimo apuntar todos los proyectores hacia las mujeres, la verdadera cuestión no es la relativa al *género*, sino hombres y mujeres en sus múltiples relaciones; también los hombres, en tanto que justamente no son mujeres; los valores de la masculinidad que han de definirse con respecto a aquellos de la feminidad. A través de la historia de la “sexuación”, el fondo de la cuestión es el de los “sistemas de valores” sociales que se trata de explorar y de reconstituir, como lo dijo Georges Duby⁹.

“Imágenes, simbólica, imaginario” será otra manera de transgredir las fronteras, en primer lugar, las de la historia y la historia del arte, evocando un conjunto de investigaciones que han modificado la mirada del medievalista, volviéndole más familiar el universo visual de la Edad Media, las formas y los colores en los que vivían los hombres de ese tiempo, y que los llevaba a repensar las significaciones y los usos de los objetos —los sellos, las monedas, los blasones— que eran ante todo imágenes. Por estos ejemplos, como podría serlo con otros que pudieran escogerse en las miniaturas de los manuscritos o las pinturas murales de las iglesias, se advierte con evidencia que las imágenes no se separan del imaginario: la Edad Media designada por una sola palabra *imago*, las imágenes materiales y las inmateriales de la memoria y los sueños.

Justificando así nuestras opciones y trazando someramente algunas vías para los debates, estamos conscientes de todo lo que olvidaremos en este esfuerzo por falta de espacio. Habría sido interesante haber presentado y discutido aquí, otras investigaciones colectivas como también otras cuestiones polémicas que estos últimos años han marcado su impronta en el “territorio” de los medievalistas franceses. Contentémonos evocando aquellos que nos parecen los más importantes, y que pueden agruparse en cuatro temas: 1) la génesis del Estado moderno, 2) la periodificación de la historia social y la cuestión de la “mutación” del año mil, 3) las nuevas tendencias abiertas por la historia llamada “religiosa”, 4) la renovación de la historiografía.

1.- La investigación sobre la génesis del Estado moderno es doblemente representativa de una manera muy francesa de hacer historia. La empresa colectiva lanzada y animada por Jean-Philippe Genet es, al menos en parte, el resultado de una demanda expresada por el mismo Estado, luego de la llegada al poder de los socialistas en 1981. Antes de adquirir una dimensión europea y ampliamente comparativa, los trabajos fueron elaborados en el marco de una “acción temática programada” (ATP)¹⁰, iniciativa que daba la posibilidad de agrupar todas las energías de la investigación francesa (CNRS, Universidades, Escuelas francesas en el extranjero...). La hipótesis inicial es la siguiente: “El Estado (en el sentido moderno del término) nació entre 1280 y 1360 cuando, enfrentados en constantes guerras, los reyes y los príncipes de Occidente quisieron y pudieron hacer el llamado a los que residían en sus tierras para que contribuyeran,

⁹ Ver C. AMADO, “Genèse d’une réflexion sur les femmes aux XI^e et XII^e siècles, Le thème dans l’œuvre de Georges Duby”, *Clio. Histoire, femmes et société*, 8 (1998), p.29-44.

¹⁰ “Action thématique programmée” (N.T.).

con su persona y sus bienes, a la defensa y la protección de la comunidad. La implementación de un nuevo circuito de fiscalidad (...) trastoca las jerarquías sociales y las prácticas de mando características del feudalismo”¹¹. Por ser mayor, el problema abordado es, de partida, tan clásico que invita a pensar en los trabajos de Joseph R. Strayer, en particular su *On the medieval Origins of the Modern State* (1970), obra que es un perfecto espejo de la reflexión que se hacía en los Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, sobre los orígenes del Estado moderno para hacerlos compatibles con los principios democráticos estadounidenses¹². La originalidad de la empresa colectiva, llevada a cabo en el marco de una docena de coloquios que dieron luz a otro tanto de publicaciones, es precisamente ofrecer una profundización historiográfica abriendo la vía para la práctica de un real esfuerzo de comparación y para la realización de estudios consagrados a los protonacionalismos medievales¹³. Jean-Philippe Genet postula que “el surgimiento del individualismo occidental tiene como contrapartida la consagración del individuo como sujeto político, acompañado del reconocimiento del individuo en sentido restringido”¹⁴. A través de esta mirada, pero también por la renovación de la biografía, ilustrada por el suceso provocado por el *Saint Louis* de Jacques Le Goff, la medievística francesa de los años 1990 encuentra el tema de la individuación en el centro de las interrogantes actuales de las ciencias sociales¹⁵.

2.- El segundo tema nos hace remontar un poco en el tiempo. Se trata del debate en torno a la cuestión del año mil, que surgió a fines de los años 1980, con motivo de dos encuentros: en 1987, el Coloquio parisino del Milenio de los Capeto (*La France de l’an Mil. Hugues Capet 987-1987*) y en 1988, el Coloquio de Flaran dedicado al crecimiento agrícola de la Alta Edad Media¹⁶. Al año siguiente aparecía el ensayo de Guy Bois, publicado con la precaución equívoca de un prefacio particularmente interesado por la cuestión del paso de fines del siglo X a comienzos del XI (Georges Duby): *La Mutation de l’an Mil. Lournand, village mâconnais de l’Antiquité au féodalisme*. Esta monografía, cuyo título tiene un diseño provocador, ve en la historia de una sola aldea el modelo de destino de toda la Europa entre el fin del imperio romano y el siglo XII. La cuestión puesta en el debate y objeto de mil pasiones, es aquella de la larga Antigüedad, tal como la postulan, a partir de los métodos, los “romanistas” (Kart Ferdinand Werner, Jean Durliat, Elisabeth Magnou-Nortier) por un lado, y por el otro, Pierre Bonnassie en sus trabajos sobre la

¹¹ J.-PH. GENET, «L’État moderne: un modèle opératoire?», dans *Genèse de l’État moderne. Bilans et perspectives*, Paris, 1990, p.261-281 (aquí p.261).

¹² Sobre este punto, ver P. FREEDMAN, G. SPIEGEL, «Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies», *The American Historical Review*, 103/3 (1998), p. 677-704 (aquí p.688).

¹³ *Visions sur le développement des Etats européens. Théories et historiographies de l’État moderne*. Actas del Coloquio organizado por la Fundación europea de la ciencia y la Escuela Francesa de Roma, Roma 18-31 de marzo de 1990, éd. W. BLOCKMANS, J.-PH. GENET, École Française de Rome, 1993 (Collection de l’École Française de Rome, 171).

¹⁴ J.-PH. GENET, «L’État moderne: un modèle opératoire?», dans *Genèse de l’État moderne. Bilans et perspectives*, Paris, 1990, p.274. Ver también *L’individu dans la théorie politique et dans la pratique*, bajo la dirección de J. Coleman, Paris, 1996.

¹⁵ Sobre este punto, ver P. BOUCHERON, «L’historien et son autre: remarques sur la saisie de l’individu et la recherche historique», dans *L’Individuation dans les sciences sociales aujourd’hui* (Colloque, Paris 6-7 déc. 1996), *Les papiers du Collage International de Philosophie*, 42 (1998), p.42-57. Los medievalistas adheridos a esta tarea parece que ignoraron con soberbia los importantes trabajos de los sociólogos y de los antropólogos, comenzando por las investigaciones de L. DUMONT, *Essais sur l’individualisme. Une perspective anthropologique sur l’idéologie moderne*, Paris, 1991.

¹⁶ *La croissance agricole du Aut. Moyen Age*, Flaran, 10 (1988), Auch, 1990.

extinción tardía de la esclavitud y el paso a la servidumbre. Como lo ha destacado Monique Bourin, en la introducción del volumen que la revista *Medievales* consagró a este debate, lo que, en esencia, está en juego tiene que ver con la visión que nos hemos formado de la economía medieval, de su evolución, de sus ritmos y de su historia social correspondiente¹⁷. ¿Cómo se puede describir, desde un buen punto de observación, la intensificación de la puesta en valor de las tierras? ¿Y bajo el impulso de qué actores? ¿Los soberanos y/o la aristocracia carolingia? ¿Acaso la dinámica propia de una sociedad campesina que se desembaraza de la esclavitud? Crítico salvaje del “mutacionismo”, Dominique Barthélemy ha propuesto, tanto en su tesis sobre el Vendôme como en su reciente ensayo en forma de interrogación (*La Mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu?*, Paris, 1997) salir de una problemática muy meridional (el Macôn, la Cataluña, la Provenza...) para mirar más al norte y volver a visitar, en una revisión historiográfica, las hipótesis y los conceptos, los antiguos paradigmas de la historia social impulsada por Marc Bloch y Georges Duby, para preguntarse: la mutación del año mil, ¿no será sino, en el fondo, una “ilusión documental”, una pura historización de un fenómeno que atañe a la archivística, motivada por el surgimiento de la documentación escrita desde los inicios del siglo XI?

3.- En 1988 aparece una *Histoire de la France religieuse* bajo la dirección de Jacques Le Goff y René Rémond, en la que las contribuciones relativas a la Edad Media están profundamente marcadas por las orientaciones de la “Antropología histórica”. Pero no exclusivamente: la empresa sobrepasa el estricto horizonte de la tradición de los *Annales* y de la historia de las mentalidades. Lugar privilegiado de las influencias libremente asumidas por el genio de cada uno —las instituciones eclesiásticas de Auguste Fliche; el personalismo cristiano de Henri-Irénée Marrou; las mentalidades de Lucien Febvre; la antropología religiosa de Alphonse Dupront; las prácticas culturales tan apreciadas por la sociología de las religiones de Gabriel Le Bras...—, una historia propiamente religiosa (es decir, una historia que se ofrece como campo de investigación sacándola de la esfera calificada de “religión” desde el siglo XVIII) se practica en la Francia de los años 1960, al margen de la Universidad, en el marco abierto y, ante todo, informal del Grupo de la Bussière, en la que los miembros, en su mayoría historiadores profesionales y hombres de fe, buscan superar no solamente las divisiones rígidas de los países donde existe separación entre el Estado y la Iglesia, sino también las esferas laicas y eclesiásticas, la división entre la historia de la sociedad y las ciencias de lo divino (teología, liturgia, derecho canónico). La influencia ejercida por los miembros de este grupo en el seno de la Universidad, favorecido por el interés general por las mentalidades, pero también conjugada, a partir de los años 1980, con una fuerte demanda estudiantil, representativa de una interrogación identitaria poliforme cómodamente calificada como el “retorno de lo religioso”, explica un extraordinario entusiasmo por los temas de investigación en historia religiosa que no cesan. Por cierto, el fenómeno no es exclusivo de Francia, pero toma aquí unas formas que destacan ciertas particularidades de nuestra historia nacional. Habrá que retener tres caminos de investigación particularmente bien consolidados: 1) Las prácticas religiosas, 2) los marginales, y 3) la cruzada.

¹⁷ M. BOURIN, «L'an mil: continuité, tournant ou révolution? Discussions autour d'un livre controversé», dans *L'an mil. Rythmes et acteurs d'une croissance*, *Medievales*, 21 (1991), p.5-10 (aquí p.9).

Bajo la rúbrica “prácticas religiosas”, puede agruparse la masa, a veces abrumadora, de trabajos consagrados a la hagiografía —culto de los santos y las reliquias— que han dado tema a encuentros “históricos”, entre otros, el Coloquio de Nanterre, en 1978, después aquel de la Escuela francesa de Roma, diez años después, sobre “las funciones de los santos”, en el curso del cual las ponencias teologizantes propias de la tradición de Henri-Irenée Marrou encontraron oposición en los trabajos socializantes de Peter Brown¹⁸. La gran tesis de André Vauchez sobre la canonización de los santos¹⁹, constituye la espina dorsal de este campo historiográfico. Un segundo terreno es el de las prácticas religiosas que cuenta con importantes trabajos dedicados a la pastoral: destacan las investigaciones personales en la edición de textos con su respectivo análisis de Nicole Beriou orientados hacia las cuestiones espirituales²⁰. Distinto al ámbito de los *exempla* iniciado por Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt y continuados por Jacques Berlioz y Marie-Anne Polo de Beaulieu²¹, y todavía más, la reflexión colectiva recientemente asumida por Rosa María Dessi y Michel Lauwers orientada a la predicación como una función propia de los clérigos, y ligada a la afirmación de la institución eclesiástica, esto es, a una cierta idea de la organización social²².

La segunda dirección de investigación tiene que ver con los cristianos y los “otros”: herejes, judíos, pobres, en una palabra, todo el mundo de los marginales. Las investigaciones sobre los pobres impulsada por Michel Mollat durante los años 1970, han arrastrado una problemática muy amplia: la investigación francesa sobre la herejía (*hérésiologie*) ha sufrido durante mucho tiempo de solipsismo²³, del que los trabajos de Antoine Dondaine, y sobre todo de Christine Thouzellier, dan una buena idea. El nacimiento de las heterodoxias en un marco de conjunto de la historia de las sociedades, se remonta al gran coloquio organizado a comienzos de los años 1960 por Jacques Le Goff, en el cual los límites cronológicos de este tema sobrepasan con mucho el período medieval²⁴. Es en esta dinámica que se inscriben los numerosos trabajos sobre los marginales que vieron la luz a fines de la década del 60. Fueron treinta años en el transcurso de los cuales la investigación relativa a los “márgenes” se ha beneficiado mucho de los aportes exteriores. Pongamos atención a tres aspectos: las investigaciones de Pierre Legendre sobre la construcción de las formas jurisdiccionales de la autoridad; los trabajos llevados a cabo en el

¹⁸ *Les fonctions des saints dans le monde occidental (III^e-XIII^e siècle)*, École Française de Rome, 1991, Collection de l'École Française de Rome, 149).

¹⁹ A. VAUCHEZ, *La sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Age*, Rome, 1981 (2^a éd.1988).

²⁰ N. BERIOU, *La prédication de Ranulphe de la Houblonnière. Sermons aux cleros et aux simples gens à Paris au XIII^e siècle*, Paris, 1987, también *L'avènement des maîtres de la parole. La prédication à Paris au XIII^e siècle*, Paris 1998 (Collection des Études augustiniennes, Série Moyen Age et Temps Modernes, 32).

²¹ Ver, en último lugar, los *Exempla médiévaux: nouvelles perspectives*, J. Berlioz, M.-A., Polo de Beaulieu dir., Paris, 1998 (Nouvelle Bibliothèque du Moyen Age).

²² *La parole du prédicateur*, éd. R.M. Dessi, M. Lauwers, Nice, 1997 (Collection du Centre d'études médiévales de Nice, 1).

²³ Del latín *solus ipse*, uno mismo. Forma radical de subjetivismo según la cual sólo existe o sólo puede ser conocido el propio yo (RAE).

²⁴ *Hérésies et sociétés dans l'Europe préindustrielle XI^e-XVIII^e siècle*, Paris/La Haye, 1968. Un balance útil ha sido hecho por A. VAUCHEZ, «Les recherches françaises sur les hérésies médiévales au tours des trente dernières années (1962-1992)», en *Eretici ed eresie medievali nella storiografia contemporanea*, éd. G.G. Merlo, Torre Pellice, 1994 (*Bolletino Della Società di Studi Baldesi*, 174), p.94-108.

mundo anglosajón acerca de la dialéctica entre la sociedad mayoritaria y los grupos minoritarios que, tomando como modelo las investigaciones de Gavin I. Langmuir y Robert I. Moore, han permitido reintegrar en el campo de nuestras interrogantes colectivas la historia del judaísmo, especialidad habitualmente separada del resto de la medievística; en fin, la corriente de estudio de la *Literacy*, particularmente fecunda en Inglaterra, Canadá y los Estados Unidos, en los que se puede examinar con nuevos métodos, las desviaciones que se descubren en las formas de los discursos polémicos; por ejemplo, la obra colectiva dirigida por Monique Zerner²⁵.

Por último, la historiografía francesa de las cruzadas, apenas recibida en el extranjero, tiene como característica inclinarse por el singular: la cruzada, la idea o el mito de la cruzada. Igual orientación tuvo el libro emblemático de Paul Alphandery y Alphonse Dupront²⁶. Este estudio de psicología colectiva, fuertemente influido por Ernst Jünger, y seguido por Alphonse Dupront solo en su tesis de 1956, publicada cuarenta años después con el título de *Le mythe de croisade* (Paris, 1977), se ocupa de perfilar en torno a la cristalización de una idea, esto es, el mito, el destino de Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días, en el espejo de sus aspiraciones escatológicas. El propósito, especialmente con la pluma inspirada de Alphonse Dupront, huele a un nietzscheísmo popular, la nostalgia de unidades orgánicas antiguas y el rechazo de la modernidad, orientación que transpira el malestar de cierta medievística alemana de los años 30, estudiada por Otto Gerhard Oexle. Frente a estos legados, la investigación francesa actual está, ciertamente, dividida. Si algunos, como André Vauchez en sus trabajos recientes sobre la escatología y el profetismo, reconocen la fecundidad del impulso antiguo entregado por Paul Alphandery, Alphonse Dupront y también Etienne Delaruelle, otros, como Michel Balard, Jean Flori o Jean Richard, combinan la historiografía francesa de la cruzada (en singular) con las corrientes más tradicionales, alemanas y anglosajonas, de la historia de las cruzadas (en plural).

4.- La publicación por Pierre Nora, en 1985, del libro de la medievalista Colette Beaune, *La nation France*, en la Bibliothèque des Histoires, semillero editorial tradicional de la Escuela de los *Annales*, es representativa de un vuelco historiográfico sensible en Francia a fines de los 1970. Con la salvedad de algunas notables excepciones como el ensayo del latinista Paul Veyne *Comment on écrit l'histoire?*(1971), la tesis de Charles-Olivier Carbonell publicada en 1976 o el pequeño manual de dos medievalistas, Guy Bourdé y Hervé Martin acerca de *Les écoles historiques*(1983), la verdad es que la referencia a los *Annales* ha sido durante mucho tiempo el pasaje obligado, y muchas veces único, para las interrogantes sobre los basamentos y los métodos de la práctica histórica, especialmente ciertas obras consideradas “canónicas”, como las de Marc Bloch (*Apologie pour l'histoire*), Lucien Febvre (*Combats pour l'histoire*) o más tarde las reflexiones de Jacques Le Goff (*La nouvelle Histoire; Histoire et Memoire*). Esta limitación historiográfica francesa se explica, al menos en parte, por el rol central asignado a la Historia en la consciencia nacional por los padres fundadores de la Tercera República, y por la puesta en forma que entonces se efectuó de la gesta de la nación después del amanecer radiante desplegado por la Revolución. La Historia, religión laica y cívica, ha permanecido largo tiempo como una roca de la consciencia colectiva, lugar de enfrentamiento y de pasión antes que de

²⁵ *Inventer l'hérésie?*, Nice, 1998.

²⁶ *La chrétienté et l'idée de croisade* (1954) (“La Cristiandad y la Idea de Cruzada”).

reflexión. El desencanto post-moderno y la “ruina de las ideologías” marcaron, en los años 1980 —en pleno despilfarro conmemorativo: milenario de los Capeto, en 1987, y bi-centenario de la Revolución francesa, en 1989—, un estremecimiento historiográfico que llegó a ser, en los años 1990, un verdadero movimiento de fondo. El adelanto, fruto del largo trabajo de zapa efectuado por François Furet en los años 1960, de una visión “roja” y “rosa” de la Revolución francesa, ha permitido el redescubrimiento de grandes sectores del pensamiento político del siglo XIX, hasta ese momento desatendidos, en especial Guizot y Tocqueville. En *Les Lieux de mémoire*²⁷ —empresa colectiva lanzada, animada y publicada por Pierre Nora, en la que la contribución de los medievalistas es notable— el examen “de todos los elementos que dirigen la economía del pasado en el presente”²⁸ y el pasaje de la “historia” a la “memoria” nacional han hecho posible el destape de los diferentes niveles de nuestro imaginario del pasado, sedimentados en un virtual zócalo historiográfico: las obras de Augustin Thierry (Marcel Gauchet) o la de Fustel de Coulanges (Alain Guerreau, François Hartog), la *Histoire de France* de Lavissee (Pierre Nora), la hora de los *Annales* (Krystof Pomian)... paralelamente, en *Les historiens et la monarchie* (Paris, 1988-89), la filósofa Blandine Barret-Kriegel se encargaba de describir, en la dinámica abierta por la *Archéologie du savoir* de Michel Foucault, la “aventura de la historia culta” francesa en los siglos XVII y XVIII, época de la institucionalización y la instrumentalización de la erudición, después de la obra de los mauristas hasta Cabinet de los documentos pasando por las academias.

En cierto modo, el esfuerzo tanto introspectivo como retrospectivo al que nos hemos avocado aquí, intentando presentar “las tendencias actuales de la historia medieval en Francia”, participa ella también de esta preocupación relativamente reciente por la historia de la historia, entendida en el doble sentido del estudio de la historiografía y el lugar que le cabe a los historiadores en el debate colectivo, es decir, en la arena pública. De este último punto de vista, conviene subrayar el efecto de retorno en el conjunto de la corporación provocado por las investigaciones acerca de los intelectuales, llevadas a cabo después de veinte años por los historiadores y/o sociólogos Jean-François Sirinelli, Michel Winock y Christophe Charle. La obra colectiva dirigida por Michel Trebisch y Marie-Christine Granjon, *Pour une histoire comparée des intellectuels* (Bruxelles/Paris, 1998)²⁹, ha venido a ampliar la perspectiva franco-francesa (la categoría del intelectual aparece bajo la pluma del conde de Saint-Simon y se desdibuja en el fracaso del caso Dreysus) a horizontes lejanos, en particular europeos. Esta ampliación de la mirada es muy necesaria, puesto que busca poner especial atención sobre los sustratos tanto institucionales como discursivos de nuestras prácticas que han terminado por hacer cada vez más complejas las diversas tradiciones nacionales.

²⁷ *Los lugares de la memoria.*

²⁸ P.NORA, «presentation», en *Les Lieux de mémoire*, bajo la dirección de P. Nora, I, Paris, 1997, p.16.

²⁹ Especialmente el trabajo de H.M. BOCK, *Histoire et Historiographie des intellectuels en Allemagne*, pp.79-101.

III. La organización de la investigación

La exploración de los sustratos institucionales de la investigación francesa en historia medieval suministrará, justamente, el último punto de nuestra mirada. Para juzgar a una historiografía, nos parece indispensable saber acerca de sus logros y sus dificultades, entender en qué marco institucional y material ella progresa. Además, el interés por la información será motivo de comparaciones para nuestros colegas alemanes.

1.- El trabajo intelectual, como toda otra forma de trabajo, no es posible juzgarlo si no se tiene en cuenta las condiciones concretas de lo organizan y que aseguran su eficacia social: ¿Quiénes somos? ¿En qué marco institucional nos desenvolvemos? ¿Cómo trabajamos?

Si la investigación histórica en Alemania es, ante todo, el resultado de una poderosa red de universidades (a las que debe agregarse, obviamente, el Max-Planck Institut y los institutos históricos alemanes del extranjero, de los que el de Paris es por todos conocido), la situación en Francia es mucho más compleja, y nuestros colegas alemanes nos excusarán de no coger todos los arcanos... las instituciones francesas donde se hace investigación en historia medieval, de las cuales la mayoría están representadas aquí, son las siguientes:

— Las universidades financiadas por el Estado y, cada vez más, por las colectividades territoriales y locales.

— El Centro Nacional para la Investigación científica (*Centre National de la Recherche Scientifique*=CNRS) que no solamente tiene el rol de enmarcar y financiar la investigación (comparable, en este aspecto, a la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*), sino también acoge investigadores a tiempo completo, trabajando en los laboratorios. Estos pueden ser propios del CNRS: por ejemplo, el Instituto de Investigación y de Historia de los Textos (IRHT) en Paris y Orleáns. Otros están co-administrados con otro establecimiento, nacional o regional: por ejemplo, el Centro de Estudios Superiores de la Civilización Medieval que depende del CNRS y de la Universidad de Poitiers; o el Centro de Investigaciones Históricas, que es un laboratorio mixto del CNRS y de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (*École de Hautes Études en Sciences Sociales*) en Paris. Existen las posibilidades de que los universitarios sean destacados al CNRS por un período de dos años consagrados exclusivamente a la investigación.

— Las Grandes Escuelas reclutan sus alumnos por concurso dos años antes del bachillerato, con vista a prepararlos, paralelamente a las universidades, para la enseñanza y la investigación (Escuelas Normales Superiores), para la conservación de archivos (Escuela Nacional de Chartres)³⁰

— Los Grandes Establecimientos de Enseñanza Superior y de Investigación: El Colegio de Francia, La Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), la Escuela Práctica de Altos Estudios (EPHE, IVª sección: Historia y Filosofía, o Vª sección: Ciencias Religiosas).

³⁰ L'École National de Chartres es el gran archivo documental para los medievalistas, donde también se estudia. (N.T.)

— Las Escuelas francesas en el extranjero y otras instituciones fuera del país: La Escuela Francesa de Roma, La Escuela Francesa de Atenas, la Casa de Velásquez (Madrid), La Misión Histórica Francesa en Alemania, etc. Los estudiantes hacen una estada de una duración limitada (tres años máximo) para desarrollar investigaciones sobre el país donde se encuentre, antes de entrar en un establecimiento universitario o al CNRS en Francia.

Esta diversidad institucional tiene razones históricas: Desde comienzos del siglo XIX, los sucesivos gobiernos quisieron paliar las insuficiencias de la investigación universitaria creando nuevas instituciones: La Escuela de Chartres en 1829, la Escuela Práctica de Altos Estudios (EPHE) bajo la Segunda República, después de la Segunda Guerra Mundial el CNRS y la VIª sección de la EPHE que se convirtió en la EHESS en 1975. En la práctica estas distinciones no tienen para las personas sino consecuencias en la tarea de enseñar, que son exigentes para la Universidad, limitadas a la formación de la investigación en la EHESS y la EPHE, ausentes en el CNRS (igualmente si algunos investigadores del CNRS acepten algunas tareas de enseñanza). Hay que destacar, finalmente, una diferencia importante con respecto a Alemania, en lo que concierne el *status* profesional de los “educadores-investigadores”: éstos son funcionarios titulares del Estado desde su entrada en la Universidad, con el título de “maestro de conferencias” (*Maître de conférences*) o en el CNRS (investigador), antes de llegar a ser Profesor de Universidad (Director de investigación en el CNRS o Director de Estudios en la EHESS y la EPHE).

2.- ¿Quiénes son estos investigadores? ¿Cuántos son? ¿Qué hacen? Un catastro preciso es difícil y una distribución en categorías separadas por tipos de investigación es imposible. Habría que contemplar no solamente los trabajos terminados, sino las investigaciones en curso y, en particular, las tesis doctorales que no han sido defendidas. Al menos, para dar una impresión muy gruesa de las investigaciones de los medievalistas franceses, hemos hecho un recuento en el último anuario aparecido en 1996 de la Sociedad de Historiadores Medievalistas de la Enseñanza Pública (SHMEP). Esta guía es valiosa, pero no del todo completa, ya que la adhesión a la Sociedad es voluntaria (algunos medievalistas no son miembros) y, sobre todo, porque dicha sociedad recluta solamente a los historiadores en el estricto sentido del término: algunos historiadores de la literatura, del derecho, del arte, los arqueólogos están adheridos, pero es en otros lugares de sociabilidad donde la mayoría de nuestros colegas se encuentra. La lista consultada comporta alrededor de 350 nombres de medievalistas, de los que el 46% son profesores, directores de investigación o directores de estudios, 41% son maestros de conferencias o investigadores, y 13% son jóvenes profesores-investigadores no titulares.

La repartición entre hombres y mujeres varía mucho siguiendo la posición de la jerarquía universitaria: entre los profesores, se cuentan tres veces más de hombres que mujeres. Viendo todas las categorías, los hombres constituyen solamente la mitad. Entre los maestros de conferencias también se da esta proporción igualitaria de los sexos. No hay, pues, igualdad entre hombres y mujeres, pero una tasa de feminización de la Enseñanza Superior y de la Investigación que progresa, pide ser comparada con las cifras disponibles en los países vecinos, como Alemania.

La distribución por campos de investigación hace aparecer una fuerte preponderancia (35%) de la historia cultural en sentido lato (historia religiosa e historia de las “mentalidades”, historia literaria, historia intelectual, historia de las ciencias...). La distinción entre historia cultural e historia social es, frecuentemente, la más difícil a establecer, pero en la medida en que ésta la aislamos, podría representar un 33% del total. Estas cifras confirman ampliamente la prioridad dada en Francia a la historia social y a la historia de las “mentalidades”, en detrimento de la historia política (10%) y de la historia económica y de las técnicas, 10% igualmente, las cuales, a decir verdad, habitualmente se presentan como variantes de los dos conjuntos antes señalados. Nuestras listas distinguen un 8% a la arqueología y menos del 1% a la historia del derecho como a la historia del arte; pero estos datos deben ser tomados con precaución por las razones ya dichas. Para hacerse una idea más precisa de los temas concretos de investigación que estas categorías demasiado generales y tan arbitrarias recubren, podemos referirnos a los congresos de la Sociedad de Historiadores Medievalistas de la Enseñanza Superior Pública, ya que tratan cada año de un tema diferente y susceptible de encontrar un eco en un número, a veces bastante grande, de medievalistas. En el orden cronológico, después de una docena de años, estos coloquios de historia medieval han tratado: «La Europa y el océano», «El combatiente en la Edad Media», «El mercader», «Aldeas y villorrios», «El clero secular», «Los príncipes y el poder», «La circulación de noticias», «Milagros, prodigios y maravillas», «Viajes y viajeros», «Las elites urbanas», «El dinero», «El extranjero», «Solución de conflictos». Historia social, historia de las mentalidades, la tendencia general es clara.

La distribución geográfica muestra toda una preponderancia aplastante de las investigaciones relativas a Francia y sus regiones (de sus límites actuales): 58% del total, Italia 12%, Europa medieval en general 10%, la península ibérica 6%, Alemania 2%, Inglaterra 0,1%. Los mundos bizantino y musulmán representan en esta lista, sin duda incompleta, 7%. Estas cifras trasuntan una inquietante cerrazón hexagonal³¹, pero compensada con la tradición más que centenaria de los estudios italianos e hispánicos, gracias a la acción de las Escuelas en el extranjero. Los estudios alemanes no están a disposición todavía, pero un mejor conocimiento de los trabajos en curso mostraría, sin duda, cifras más alentadoras. El interés por Alemania está confirmado por esta reunión³², pero también por el XXXº congreso celebrado en Göttingen en 1999 por de la Sociedad de Historiadores Medievalistas de la Enseñanza Pública Francesa a iniciativa de la Misión Histórica Francesa con el concurso del Max-Planck-Institut für Geschichte. En 1996, el XVIIº congreso se realizó en la Escuela Francesa de Roma.

En fin, pueden repartirse de manera gruesa las investigaciones desarrolladas según los períodos de la Edad Media: la Alta Edad Media (*Frühmittelalter*) hace las veces de pariente pobre con el 10%, en comparación con la Edad Media central 29%, y sobre todo la baja Edad Media 61%. Esta última cifra se explica por el gran número de trabajos de historia regional de Francia, hechos a partir de los archivos locales muy abundantes para este período.

³¹ “hexagonal” se refiere a la forma del territorio francés.

³² Los autores se refieren a los Coloquios de Sèvres (1997) y de Göttingen (1998) organizados por el CNRS y por Instituto Max-Planck.

3.- Los datos que acabamos de dar dan cuenta de las investigaciones individuales. Algunas de éstas forman parte de un trabajo colectivo, desarrollado en el seno de laboratorios y equipos más o menos informales, a veces financiados por el CNRS, pero en el que los miembros pertenecen también a Universidades u otros establecimientos. En este repertorio de trabajos individuales y colectivos, hay que destacar dos diferencias importantes con respecto a Alemania: para organizar y financiar estas investigaciones, nosotros no disponemos en Francia de la poderosa “sonderforschungsbereiche”, ni generosas “Stiftungen” Volkswagen, Bosch, Thyssen, etc. El CNRS participa en el financiamiento de los coloquios, las publicaciones, los equipos de investigación y a veces en empresas colectivas, tal como la emprendida sobre el tema “la génesis del Estado moderno”, de la que hemos hecho mención más arriba. Las fundaciones son raras: la Casa de las Ciencias del Hombre financia esencialmente las estadias de investigadores extranjeros en Francia. Sin embargo, más allá de estos aspectos institucionales, hay que insistir sobre las prácticas concretas de la investigación colectiva. Si en Francia ella está menos dotada que en Alemania, es también más informal y, si se quiere, más individualizada, fruto de reflexiones comunes de pequeños grupos de investigadores ligados por afinidades personales e intelectuales que por afiliación a una institución dada. Los financiamientos son reducidos y, a menudo, insuficientes. Pero, ante todo, son los resultados los que deben ser juzgados y éstos no son despreciables.

4.- El sistema alemán de la “sonderforschungsbereiche” presenta, entre otras ventajas, aquella de prever al mismo tiempo que el financiamiento de las investigaciones, la publicación de sus resultados. No es el caso en Francia, donde las publicaciones del CNRS (Coloquios, fuentes primarias, libros individuales, etc.) están lejos de satisfacer nuestras necesidades de edición científica. Tanto así que el IRHT (laboratorio propio del CNRS), desde algunos años, no ha dudado en dirigir la mirada al editor belga BREPOLs para asegurar la publicación y la difusión de sus propias investigaciones. Tradicionalmente, la edición de fuentes primarias está menos desarrollada en Francia comparado con Bélgica, los Estados Unidos y Alemania, patria de los *Monumenta Germaniae Historica*. En la lejana tradición de la publicación y la traducción de fuentes que remonta a Guizot y a los años 1830, existen colecciones especializadas (las “fuentes de historia medieval” del IRHT o bien “los clásicos de la historia de Francia en la Edad Media” de *Belles Lettres*) y algunas tienen un gran dinamismo, como la abundante colección de Fuentes Cristianas (Ediciones du Cerf) apadrinada por el CNRS.

Largo tiempo adormecidas, algunas *Presses Universitaires*, desde algunos años, conocen un nuevo desarrollo, especialmente en provincia, en parte debido a la política de regionalización. En Paris, citemos las Publicaciones de la Sorbonne (Universidad de Paris I Panteón-Sorbonne) que publica los congresos anuales de la Sociedad de Historiadores Franceses y numerosas tesis, Publidix (Universidad de Paris X Nanterre), las ediciones de la Casa de las Ciencias del Hombre, aquellas de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS). Muchas *Presses universitaires* de provincia se distinguen por su dinamismo (Dijon, Lille, Lyon, Nancy, Perpignan, Rennes, Strasbourg, entre otras). Una mención aparte debe hacerse con las importantes publicaciones de la Escuela Francesa de Roma, tanto por las obras individuales como por los numerosos coloquios que ella ha organizado y publicado, de los que una buena parte corresponden a la Edad Media.

Ciertamente, el conjunto de estas ediciones “institucionales” no vienen a responder a toda la demanda, pero hay que destacar el importante rol jugado tradicionalmente en Francia por las casas editoriales privadas en la difusión de los libros de historia, especialmente de historia medieval: sin pretender la exhaustividad citemos a Albin Michel, Armand Colin, Aubier-Flammarion (Colección histórica), *Le Léopard d’Or*, *Le Seuil*, *Picard...* Algunas de estas casas han tenido un éxito en grandes empresas editoriales colectivas que pueden tenerse por característica de la historiografía francesa desde hace unos treinta años, y en las cuales los medievalistas han tenido una activa participación. Estas obras que cuentan con varios volúmenes, son importantes en tanto que significan una síntesis de las adquisiciones de la investigación, y también en tanto que difunden sus conocimientos más allá del círculo estrecho de los especialistas, hasta el gran público cultivado, por ejemplo, los profesores de liceo. La “Historia de la Francia religiosa”, mencionada más arriba. En las ediciones Seuil, la “Historia de la Francia rural”, “Historia de la Francia urbana”, “Historia de la vida privada”, “Historia de los jóvenes en Occidente”, “Historia de la infancia en Occidente”. En Armand Colin, la “Historia de la familia”. En Plon, la “Historia de las mujeres”. En Gallimard, “Los lugares de la memoria”, etc. Todavía, más recientemente, hay que mencionar la multiplicación de los diccionarios históricos, particularmente los que conciernen a la Edad Media: Jean Favier, “Diccionario de la Francia medieval” (Fayard); André Vauchez (ed.), “Diccionario enciclopédico de la Edad Media” (Le Cerf). De concepción diferente son dos diccionarios de historia medieval, uno aparecido en Fayard, “Diccionario razonado del Occidente medieval” bajo la dirección de Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, y el otro en preparación en *Presses Universitaires de France*, bajo la dirección de Claude Gauvard, Alain de Libera et Michel Zink.

No es extraño este sorprendente surgimiento de diccionarios, puesto que se vio acompañado del deseo cumplido de los editores especializados (*Presses Universitaires de France*, Armand Colin, etc.) de numerosos manuales destinados a los estudiantes de Historia. ¿Estaremos entrando en la era de los balances y las síntesis, del saber dividido en artículos de diccionario, después de la era de la investigación pionera y de las novedades conceptuales? ¿Acaso la pedagogía de masas no acaparará todos los esfuerzos en detrimento de la investigación de punta de la cual debe nutrirse?

5.- Para juzgar esta última en su impulso y en sus resultados inmediatos, es necesario tomar conocimiento de las revistas científicas. En el campo de la medievística, algunas se han consolidado: los “Cuadernos de la civilización medieval”, los *Melanges* de la escuela francesa de Roma –Edad Media y Tiempos Modernos (MEFRM), *Le moyen age*. Otras se han renovado completamente: la *Revue Mabillon* fusionada desde hace algunos años de la antigua *Revue Mabillon* y la “Revista de Historia de la Espiritualidad”, se transformó en una tribuna muy activa de la investigación en historia religiosa de la Edad Media y de la época moderna. Todavía hay que mirar las nuevas revistas que informan los ángulos más actuales de la investigación: “Historia y Medida” explora las vías pioneras de la historia cuantitativa, a medio camino entre la *new letter* y la revista “El medievalista y el computador”, publicada y difundida gratuitamente por el IRHT. Por su parte, *Micrologus* se publica en Lausanne y Florencia, pero con una

participación francesa. Esta revista se consagra a la historia de las ciencias, pero se abre ampliamente a la historia de las mentalidades. *Medievales*, por último, es una revista joven publicada por la Universidad de Paris VIII-Vincennes en Saint-Denis. Sus números son temáticos e interdisciplinarios (bien representados aquí los estudios que versan sobre la literatura vernácula) acogen toda clase de trabajos provenientes de historiadores jóvenes. Los 10 últimos números aparecidos tratan: “Las dependencias del trabajo”, “La muerte de los grandes”, “Voces y signos: nuevas músicas del siglo XIII al XV”, “Culturas y alimentaciones del Occidente musulmán”, “Hombres del poder: individuo y política en tiempos de San Luis”, “La adopción: derechos y prácticas”, “El río”, “El año mil en el 2000”, “La invención de la Historia”, “Técnicas: las apuestas de la innovación”, “Roma de los jubilados”. Sus títulos son una buena ilustración de las preocupaciones actuales de los medievalistas franceses: historia cultural, aquella de los sistemas de representación y sus códigos simbólicos, disponen de un gran espacio en esta revista.

Para terminar, en cuanto a la difusión de los conocimientos fuera del medio de los especialistas, recordemos la revista *L'Histoire* (Seuil) que vende cerca de 80.000 ejemplares y que demanda mucho de la pluma de los universitarios medievalistas.

Esto no tendría ningún sentido si concluyéramos como una simple introducción a un intercambio. Nos contentaremos con subrayar en dos puntos lo esencial de lo que hemos denominado “Las tendencias actuales de la Historia medieval en Francia”.

1.- El primer punto es confirmar la persistente invasión de la historia social en el campo de la historia medieval. El legado de Marc Bloch y de los primeros *Annales* guarda todavía todo su vigor. Por lo pronto, cualquiera que sea la coherencia del marco de esta historia social totalizante, el riesgo de una dispersión de las prácticas no parece tal. Esto, al menos, por dos razones: la primera se refiere a la compartimentación académica de las tareas y a la formación correspondiente de los medievalistas, esto es, historiadores, historiadores del arte, arqueólogos, filólogos, literarios..., sin jamás ser todo ello a la vez, y las excepciones aquí muy raras. La segunda, se trata de la mundialización de nuestras prácticas profesionales, ellas mismas resultado de una aceleración en la transmisión de los saberes, que se traduce por un lado, de ofrecer cada año nutridos encuentros, coloquios, *work-shop*, y por otro, un tratamiento siempre un poco más agobiante de la información publicada bajo la forma de ediciones de fuentes (no habría que quejarse) y de artículos y libros (aquí la disminución es importante). En esas condiciones, grande es la tentación de replegarse en las microespecialidades y olvidarse de toda investigación de fondo, minuciosa como es ella misma, no tiene más sentido que al interior de un solo campo de estudio pertinente, aquel de toda la sociedad de una larga Edad Media.

2.- Este legado de una historia social totalizante de los *Annales* ha sido a la vez enriquecida y redireccionada en el curso del cambio epistemológico que se operó durante los años 1970, marcados por la afirmación de la Antropología histórica y por un interés dominante por las observaciones macroscópicas llamadas a revelar las “estructuras”, compensada, es cierto, por la seducción reciente por la “micro-historia”. Este cambio epistemológico ha contribuido a anclar mejor a la historia en la perspectiva amplia de las ciencias sociales, y ha permitido la renovación de nuestras prácticas eruditas. ¿Está suficientemente asentada esta renovación para permitirnos

afrontar ahora dos desafíos?: por una parte, tomar en cuenta y elaborar la información surgida de manera casi exponencial que ofrece la Arqueología, y por otra, las mutaciones, tanto cualitativas como cuantitativas, abiertas por los tratamientos de los documentos asistidos por el computador. Todos ellos ¿acaso no pueden cambiar drásticamente nuestros análisis y nuestras construcciones? Estamos todos delante de iguales desafíos, aunque nuestras tradiciones historiográficas nos lleven a responder de manera diversa.